

PINOCHO

AÑO VI
NUM. 291

25 cts

14 SETIEMBRE
1930



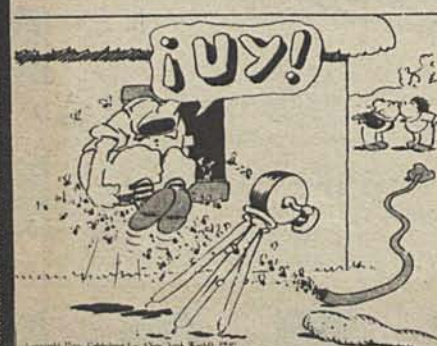
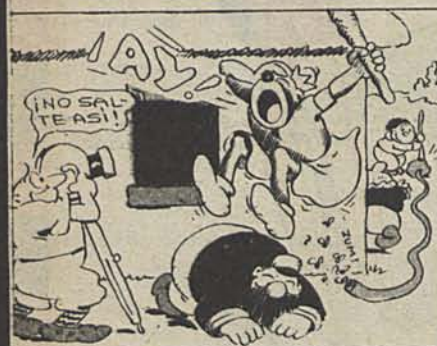
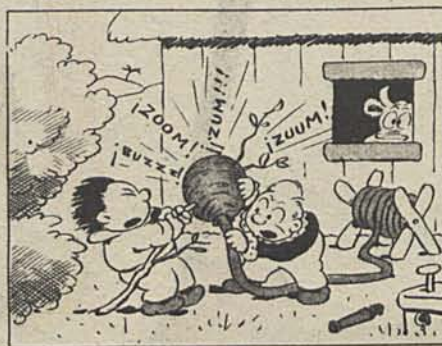
- ¿SITE ENCONTRASES UN HADA Y TE CONCEDIESE UNA GRACIA, ¿QUE PEDIRIAS?
- ¡UN PASTEL!
- ¿Y SITE CONCEDIESE DOS GRACIAS?
- ¡DOS PASTELES!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)
bajo las caricias de las llamas, chorreando apetitosa y abundante grasa.

—¿De modo que tú, John, has estado aquí otras veces?—dijo Harris, mientras la detonación de un ronco trueno hacía caer algún cascote de las destruidas paredes—. ¿Y hace muchos años que esta Misión, que debía de ser muy extensa, fué destruída?

—Diez años, como ya te he dicho. Los frailes mejicanos se habían propuesto civilizar a los *pieles rojas* del Colorado, y al efecto eligieron esta especie de convento. Desgraciadamente, en aquella época había, por lo menos en esta parte, más bandidos mejicanos a quienes temer que indios a quienes catequizar. Se habían formado bandas de *léperos* y salteadores sanguinarios, que daban mucho que hacer al Gobierno americano, deteniendo los correos, robando el dinero y asesinando sin misericordia a todo el que intentaba oponerse a sus violencias.

—Jorge y yo no habíamos oído hablar de eso—dijo Harris.

—Y culpaban a los indios de las atrocidades que cometían—agregó el *gambusino*, que se había sentado al lado de Minnehaha, como para protegerla contra las impetuosas ráfagas del *tornado*, que entraban por todas partes.

—Es verdad—dijo el *indian-agent*—; y muchos pobres *pieles rojas* pagaron por aquellos bandidos. Habiendo sabido el Gobierno americano que se trataba de una gran banda mejicana que operaba en la frontera y desaparecía con velocidad prodigiosa, gracias a la rapidez de sus caballos, organizó una columna de voluntarios

para destruirla; y, como podéis calcular, en mi calidad de *indian-agent*, formé parte de ella. Después de un infinito número de correrías por el Colorado y el Utah, supimos un día que la terrible banda, que hacía tres meses no se dejaba ver, venía con dirección a este convento para saquearle, porque los frailes gozaban fama de ricos, gracias al dinero que recibían de los mejicanos piadosos. Acudimos en seguida, y rodeamos el edificio. Los ladrones estaban ya dentro, y sin perder su valor nos recibieron a tiros, haciéndonos bastantes bajas, pues estábamos a pecho descubierto.

—¿Eráis muchos?—preguntó Jorge.

—Un centenar a los órdenes del capitán MacLelland, que creo no tenía miedo al mismísimo demonio—dijo John—. Después de una hora de tiroteo cesó de pronto el fuego, y no se oyó ningún ruido en el interior de la Misión. Echamos abajo una puerta, decididos a exterminar a aquellos bandidos, y con gran estupor encontramos en este mismo claustro, si mi memoria no me es infiel, veintidos frailes tendidos en el suelo, con la boca amordazada y con fuertes ligaduras en los pies y en las manos.

—¿Les habían perdonado la vida? ¿Fueron, pues, generosos en aquella ocasión los terribles bandidos?—preguntó Jorge.

—¡Espera un poco, curioso!—contestó John, dando una vuelta al asado, ya casi a punto—. Nos lanzamos por todo el edificio en busca de aquella canalla, y no encontramos más que tres o cuatro muertos junto a las ventanas. Interrogados los frailes, nos dijeron que los bandidos debían de haber descubierto alguna salida secreta, sólo conocida por el superior de la Misión, que en aquel instante se encontraba fuera catequizando indios. En tanto que nosotros registrábamos la cripta de la iglesia, los frailes se lanzaron fuera del convento, diciendo que

querían buscar cuanto antes a su superior, para notificarle lo ocurrido. A todo el mundo le parecieron justísimos sus propósitos, y a nadie se le ocurrió detenerlos. ¿Y sabéis quiénes eran, cuerpo de Satanás?

—¿Los bandidos?—exclamó Harris.

—Sí, amigo. Aquella canalla había asesinado a todos los frailes, los habían amontonado en una celda que no fué descubierta hasta después, y tomando sus vestidos, se escaparon tan tranquilos ante nuestros propios ojos.

—¡Buen chasco!—dijo Harris.

—¡Soberbio!—respondió el *indian-agent*.

—¡Ingenioso!—dijo Jorge.

—¡De veras que fué admirable!—agregó el *gambusino*, que parecía interesarse mucho en aquella narración.

—Pues pronto pagaron su infamia—dijo John—, porque el capitán Mac-Lelland había jurado vengarse. Durante un par de meses, aquellos bandidos no dieron señales de vida; pero después empezaron otra vez los asaltos a los correos, acompañados de horrendos estragos. Nadie sabía dónde se escondían, cuando un día tuvo el capitán la ocurrencia de hacer una visita nocturna a la Misión, que ya se llamaba de la Matanza, y que había sido abandonada a los *coyotes* después de los asesinatos de los frailes.

—¿Y estaban aquí escondidos?—preguntó Harris.

—Lo has adivinado, amigo. Era una noche de lobos, y nevaba en la pradera; pero los cien hombres que formaban la columna de voluntarios, animados por la oferta de un buen premio, estaban decididos a mandar al diablo a aquellos ladrones, y no sentían el frío. A media noche llegamos aquí. En las ventanas no se veía luz alguna; pero al rodear el edificio descubrimos que los bandidos se habían refugiado en el subterráneo. No sospechando la sorpresa, comían y bebían alegremente alrededor de una gran mesa, seguros de no ser molestados. Al intimarles la rendición, respondieron a tiros desde los tragaluces abiertos a flor de tierra. Procedimos al

asalto, y amontonando allí cuanta leña pudimos, se le prendió fuego. ¡Qué espectáculo, amigos míos! El subterráneo fué bien pronto convertido en un horno, y a través de los ventanuchos veíamos a aquellos canallas expirar uno a uno entre oleadas de asfixiante humo.

—También va a acabar de quemarse nuestro asado si no lo devoramos—dijo Jorge, separándolo del fuego—. Si se prolonga un poco más la historia, nos encontramos con un tizón.

—¡A la mesa, señores!

Resonaron algunos aullidos espantosos.

Por todas las brechas de los muros comenzaron a entrar lobos, con los ojos llameantes y las bocas abiertas.

—¡He aquí unos invitados con los que no contábamos!—dijo John—. ¡Si creen tomar parte en la cena; se equivocan! Sirve el asado, Harris, y entre bocado y bocado ejercitaremos la puntería.

CAPITULO VI

La defensa de la cripta

Dos razas de lobos se disputan el imperio de la parte de la pradera que se extiende al poniente del Mississipi, llegando hasta el pie mismo de la imponente cadena de la Sierra Nevada, que cubre la California: el *coyote* y el lobo negro.

La primera, que es la más numerosa y muy frecuente encontrarla agrupada en manadas de cincuenta o cien cabezas, es una raza intermedia entre el perro y el verdadero lobo.

Del primero tiene la cabeza, y del segundo el cuerpo y la cola; cuerpo robusto, muy abundante en pelo, de color amarillento con manchas rojizas, que en invierno se tornan grises.

Vive, como hemos dicho, en manadas casi siempre, y hace un gran destrozo en la cacería de los bosques, a la que ataca con feroz encarnizamiento.

Los grandes bisontes no huyen siempre del ataque de estas bandas, sino que suelen hacerlas frente, algunas veces con buen éxito.

(Continuará en el próximo número).

ANITA

BUEN CORAZON



UN DRAMA EN EL DESIERTO

por E. Salgarí

El viejo capitán Legrand había interrumpido su habitual paseo entre el torreón de popa y el palo mayor del barco y habiendo encendido por tercera vez su ovalada pipa monumental de porcelana, se apoyó en la barandilla de babor y me dijo señalando la costa con cierto tono de misterio.

—Allí está... mire aquel promontorio de punta blanquecina... ¡qué nochecita aquella, señor mío!

Me detuve observando al veterano comandante cuya figura de líneas angulosas y tez bronceada denotaba en aquel momento estar poseído de una emoción profunda.

Nuestra nave, de regreso de los mares del África del Sur, pasaba en aquellos instantes impulsada por una ligera brisa del poniente a cerca de tres millas de aquella árida costa que flanquea el Sahara occidental extendiéndose desde los confines de Senegambia hasta el imperio de Marruecos.

Una costa verdaderamente salvaje, sin ciudades, sin pueblecitos, sin refugios ni bahías: está recubierta únicamente de arenosas dunas y sembradas sus orillas de peligrosos bancos en los que se estrellan con el fragor del trueno las olas colosales del Atlántico Central.

El capitán Legrand, verdadero tipo del marsellés castizo, hacía ya más de cuarenta años que estaba dedicado a la navegación. Tras unos minutos de silencio, prosiguió diciendo mientras golpeaba con su mano cerrada fuertemente en la baranda.

—Allí mismo... ante aquel cabo, que ahora llaman Blanco, fué donde aquellos malvados nos asaltaron y nos quitaron hasta el polvo. ¡Ah! Si aquella noche hubiera yo tenido nada más que un par de

cañoncitos les hubiera hecho morder el polvo del desierto a esos canallas.

—Perdóneme, capitán...—dije yo—. ¿A qué hechos se refiere...? Yo no le he oído referir aún nada de eso.

El capitán Legrand me contempló como extrañado de que yo no le hubiera entendido y en seguida me dijo:

—¡Ah... es verdad! Aquella noche no venias con nosotros. Fué una verdadera suerte la tuya, amiguito, pues quizá, si hubieras venido, no podrías escucharme ahora. Yo fui el único que se salvó de las garras de aquellos piratas del desierto. ¡Pobres compañeros! ¡Quién sabe lo que habrá sido de ellos! Acaso en alguna región remota del África Central si no murieron a causa de los sufrimientos o de las palizas de los mercaderes de esclavos.

—Capitán—le pregunté—. ¿Tendría inconveniente en contarme lo ocurrido?

Yo lo ignoro y tengo interés en conocerlo.

El marsellés echó al aire algunas bocanadas de humo, me agarró del brazo y me guió hasta la plataforma del castillo de popa donde había un toldillo que defendía el timonel de los ardientes rayos del sol africano.

Mandó traer una botella de cerveza, la última que quedaba, y la peor también, escancié un vaso y haciendo un visaje, comenzó diciendo:

El hecho que te voy a relatar sucedió hará unos cinco años; sin embargo, a pesar de hacer tanto tiempo lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

En aquel tiempo era yo comandante de un pequeño buque de cien toneladas propiedad de un armador de Marsella cuyo mando me confió, y traficaba a lo largo de la





costa del Senegal vendiendo a los negros anillos de cobre dorado, perlas de vidrio, balines, fusiles viejos y cien baratijas más que me rendían pingües ganancias. Venían conmigo siete marineros de Marsella y un contra-

maestre que era un hombretón que daba miedo solo de mirarlo, capaz él solo de matar a un buey de un puñetazo.

¡Pobre Mahot! Su fuerza fenomenal le fué fatal pues fué la primera víctima de aquellos bribones del desierto.

Habíamos realizado muy buenos negocios en las aldeas de los negros senegaleses vendiendo por completo nuestra mercancía y nos pusimos a la vela para llegar pronto al Estrecho de Gibraltar donde en cualquiera de las ciudades de España renovaríamos nuestra pacotilla.

Al principio nuestra navegación fué feliz aun cuando nuestro pequeño barco fuese muy combatido por las olas del Atlántico y al llegar a estos parajes nos sobrevino una de esas calmas del viento que son tan frecuentes en las zonas cálidas.

Nuestro barco quedó detenido como si lo hubiera encadenado cualquier monstruo submarino. Quizá exagero si afirmo que el flujo nos imprimía únicamente una velocidad de un par de millas cada veinticuatro horas.

Ante nosotros veíamos alzarse a una distancia de dos millas aquel pico que ves allí lejos que se llama el Cabo Blanco, lo que nos llenaba de preocupación pues parecía que el flujo del mar nos impulsaba siempre en aquella dirección.

Llevábamos ya unas sesenta horas de calma cuando una tarde observamos que unos puntos negros se destacaban de la costa y se dirigían lentamente hacia nosotros.

Mahot, mi contra maestre, que fué el primero en advertirlo, vino hacia mí para decírmelo.

Capitán—me dijo—parece que algunas chalupas intentan abordarnos.

Aquello me pareció tan absurdo que no le hice caso. Yo sabía que en estas costas no hay habitantes y mucho menos embarcaciones.

Raro era ver algún beduino despistado con su camello por entre las rocas. Esos peligrosos habitantes del desierto no han sentido jamás afición al mar y por todo ello yo no creía que debía dar fe a las palabras de mi bravo marinero.

Pero poco después volvía otra vez Mahot a mi camarote y me decía:

—Capitán, no me he engañado: varias chalupas se acercan a nosotros.

Mahot no era ciego y tenía por el contrario unos ojos capaces de desafiar a un telescopio.

Di un salto de mi hamaca y subí corriendo a cubierta.

La Luna, que ya había asomado por el horizonte iluminando soberbiamente el océano, permitía contemplar muy bien la costa africana y el Cabo Blanco. Mi contra maestre no se había equivocado.

Cuatro chalupas habían salido de la playa y se dirigían precisamente hacia nosotros.

Supuse en un principio que se trataría de algunos marineros que habiendo naufragado en aquellas costas inhospitalarias lograrían salvarse en aquellos barcos, pero de nuevo tuvo que desengañarme mi contra maestre.

(Continuará.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



NOS ESTAMOS DESNUDANDO PARA BAÑAR NOS. EN SEGUIDITA SALIMOS



LO QUE MÁS ME GUSTA DEL MAR SON LAS OLITAS. MIRA COMO NOS COSQUILLEAN EN LOS PIES
A UN SERVIDOR LE GUSTAN MÁS LOS PESECITOS CON MAYONESA



¡QUÉ DELICIOSO ES EL CANTO DE LAS CARACOLITAS! ¿NO LO ESTÁS OYENDO?

ESO QUE SE OYE ES LA SIRENA DE UN BARCO. USTED NO ESTÁ HOY BIEN DE LOS AURICULARES



¡TOME!! ¿QUÉ ES ESO DE PELLIZCARME A MÍ?

¡BIABUELA! ¿QUÉ CHULETA LE HA SOLTADO!



¿USTED TAMBIÉN ME PELLIZCA? ¡TOME!! ¡POR ATREVIDA!... ¡CARAPE, CON LA SEÑORA!



¡VAYA, HOMBRE! ¿TAMBIÉN USTED CON PELLIZQUITOS? ¡TOME!! ¡POR IDIOTA!



¿Y A USTED, CON ESAS BARBAS, NO LE DA VERGÜENZA PELLIZCAR A UN POBRE INDEFENSO? ¡TOME!! ¡POR MENDRUGO!



¡MI BISABUELA! ¡LA DE TORTAS QUE ESTÁ REPARTIENDO DON TURULATO!



VAMOS A CASA, CURRINCHIN, QUE ESTE AÑO SE CONOCE QUE ESTÁ DE MODA FREIR A LOS BAÑISTAS A PELLIZCOS





COLORÍN Y SU PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

Te veo venir

UNA vez había un conde tan gordo, que en su condado no había nadie que pudiera comparársele, ni quizás en todo el reino. Tan gordo, tan gordo estaba, que, en viéndolo, había de reírse de aquellos estrepitosos mofletes y de aquel cogote, que le salía cuatro dedos por encima de la gola. Los ojos los tenía casi sepultados en aquel mar de carne, y apenas le asomaba entre los carrillos la punta de la nariz, colorada y redonda como una fresa.

Por todo esto llamaban a don Germán Rompelanzas y Cascanueces, que tal era su nombre, el *Conde Botijo*.

Aquello de parecer, más que un hombre, una vaca suiza, traía aburrido al pobre don Germán, que no sabía cómo quitarse de encima aquellas carnazas que no le dejaban moverse.

Los médicos, a quienes recurrió, no hallaban otro medio de que adelgazara sino el de que no comiera; pero don Germán Rompelanzas, al tercer día de dieta, a poco rompe las narices de aquellos doctores que pretendían dejarlo morir de hambre.

—¡Bandidos!—gritaba—. ¡A un hombre como yo, que pesa quince arrobas, seis libras y tres onzas, suprimirle el comedero! Y total, ¿para qué? Para perder tres adarmes de peso; y ni aun eso fué por el ayuno; pues fué que me saltaron del jubón tres botones el día en que me pesé.

El pobre se resignaba a no moverse, y cuando tenía que ir de una a otra habitación, los criados le ayudaban con palas para sostenerle el vientre, sin lo cual hubiera dado el pobre don Germán en el suelo con aquella su respetable humanidad. Un día se cayó al intentar bajar una escalera, y botaba por los escalones lo mismo que una pelota de goma. Cuando llegó al final, le preguntaron si se había hecho daño, y contestó que no tenía sino el susto consiguiente.

Como el conde era joven y le molestaba aquella exageradísima gordura que tanto le afeaba, no quiso tener a su lado a ninguna persona que la hiciera resaltar demasiado, y por eso todos los dependientes y soldados del castillo eran de los más gordos que se pudo encontrar. ¡Júzguese del efecto que produciría una revista de aquellas gentes, que parecían cerdos vestidos de hombres!

Oyó hablar el *Conde Botijo* de un célebre curandero que realizaba curas portentosas, y mandó que le llamaran.

Llegó al castillo el curandero, sorprendiéndose extraordinariamente al ver un conde de tantas libras que, como consiguiera quitarle la mitad, tenía hecha su fortuna para todos los días de su vida.

Llamábase el curandero *Te Veo Venir*, nombre o mote, que de ello no estoy seguro, muy usado antiguamente para designar un hombre listo, con más conchas que una tortuga y más escamas que un besugo.

Desde el día siguiente al de su instalación en el castillo, el curandero de nuestro cuento comenzó la curación del buen

Conde Botijo, al cual pesaba todas las mañanas y todas las noches, cobrando acto seguido el importe de las onzas y adarmes que iba perdiendo Su Excelencia.

Porque, verdaderamente, el conde adelgazaba a ojos vistas, mientras engordaba el curandero.

He aquí cómo pasaba esto:

Antes de comenzar la curación, dijo el célebre *Te Veo Venir*:

—Señor conde, si vucencia desea curarse, tendrá que darme amplias facultades para que yo haga cuanto me venga en gana.

—Concedido—exclamó el conde desde el sitial—; pero, si no me curas, te haré colgar de una almena. En cambio, ya sabes que te daré mil monedas de oro por cada libra de carne que me quites.

Comenzó el curandero por no dejarle comer más que hierbas cocidas, y en vez de permitirle que permaneciera sentado o

en la cama, según costumbre, le hacía levantarse muy temprano y bajar al jardín, y allí le obligaba a dar vueltas a una noria, hasta que, ya cubierto de sudor y sin poderse valer, se dejaba caer al suelo.

Por la tarde le ponía una cabezada a Su Excelencia y le uncía a un carrito, en el cual se montaba el curandero, y a latigazos le obligaba a dar unas carreras monumentales.

El conde gritaba y amenazaba; pero había dado su palabra y no tenía más remedio que someterse a lo que quisiera el curandero.

Éste, desde su asiento, le gritaba;

—¡Arre, conde!

Y el conde bufaba, dando cada resoplido como un fuelle de fragua, y pidiendo por Dios al curandero que le dejara en paz, aunque reventara de gordo.

Llevaba ya perdidas veinte libras, seis onzas y cuatro





clamó:

—En el nombre de mi amo el poderoso señor don Casimiro López de Atilánez Rodríguez de Vellofrito y veinte apellidos más, que no cito por no ser molesto, desafío al muy egregio conde don Germán Rompelanzas y Cascanueces, por barrigón, mofletudo y sinvergüenza. Ahí va ese guante, estropeado y lleno de zurcidos, y levántelo el conde si se atreve. Mi amo le reta a singular combate, a pie o a caballo, en jaca o en burro, en dos pies o en cuatro, a bofetadas, a trastazos, a puñaladas o a tiros, con navajas de Albacete, de afeitar, sables de caballería, o con cañones de a treinta y seis, a mordiscos o a coces.

El conde, lleno de cólera, se precipitó sobre el guante; pero, al bajarse a recogerlo, tal peso le hizo la barriga, que dió con todo su cuerpo en el suelo.

Ayudáronle a levantarse los suyos, y quedó convenido que la lucha se verificaría al día siguiente, y habría de ser a cabezazos y delante de los soldados de ambos campeones.

Llegaron éstos al sitio del combate con un coraje tan grande, que, en cuanto se vieron, trataron de arremeterse. Dieron los jueces de campo la señal, y don Casimiro, que era delgado como un alambre, corrió como un gamo contra el *Conde Botijo*. Éste no tuvo tiempo de ponerse a salvo y recibió una tremenda cabezada en la barriga.

—¡Bravo!, ¡bravo!—gritaban los soldados de don Casimiro—. ¡Vaya un topetazo en su sitio.

Pero, en esto, el inmenso *Conde Botijo* cayó sobre don Casimiro, y, como pesaba tanto, le cogió debajo del vientre la cabeza, y el pobre no la podía sacar.

—¡Que me ahogo!—gritaba.

—Confiesa que no soy un sinvergüenza barrigudo, y, si no, me quedo así hasta que te ahogues—dijo el gordinflón.

—Todo lo confieso, todo, pero quítese usted de encima.

Levantaron a don Germán y a don Casimiro; y como el

honor quedó satisfecho diéronse la mano de amigos.

Cuando volvió al castillo el conde se hizo pesar, y, ¡oh sorpresa!, las emociones del combate le habían hecho perder más de dos arrobas de peso.

El curandero en seguida pidió cincuenta mil monedas de oro por aquella merma en la grasa de Su Excelencia; pero el conde le dijo:

—En ese caso, tendría que pagárselas a mi contrario, que es el que me ha curado,

Por fin el conde le abonó las cincuenta mil monedas, pero ofreció que se las cobraría en cuanto llegara la ocasión.

Desde aquel día continuó adelgazando el buen conde, pero en tales términos, que las magras y las monedas de oro se ausentaron tan aprisa, que el pobre don Germán no tenía un céntimo y amenazaba convertirse en un alambre de los finos.

—Ya estoy más que curado—decía— Ahora quiero engordar un poco, porque, si no me voy a deshacer en cuanto me dé el sol.

Pero en vano comía carnes y verduras y tocino. Aquellas magras se habían ido para no volver, y don Germán usaba trajes muy ceñidos por temor de desencuadrarse el día menos pensado.

A todo esto, el curandero engordó tanto y tanto con la buena vida, que parecía que a él se habían pasado las carnes de don Germán. Esta fué la ocasión que acechaba el conde. Así fué que un día lo llamó y le dijo:

—Favor con favor se paga. Tú me quistaste de encima nueve arrobas de carne,

y ahora te las voy a quitar yo a ti, al mismo precio y por el mismo sistema.

De nada sirvió que el curandero gritase que estaba muy bien así. Desde el siguiente día lo llevó a la noria, y a palos le hizo dar vueltas; lo unció al mismo carro de que él había tirado, y desde el asiento, a cada fustazo, le decía:

—¡Arre, curandero!

Todas las noches le pesaba, y por cada libra de carne que perdía *Te Veo* le cobraba mil monedas de oro, hasta que al fin, le puso en buenas carnes.

—Pero, señor—decía el infeliz curandero—, lo que hacéis conmigo es una barbaridad.

—Y lo que tú hacías ¿era una cosa delicada?

Al fin comprendió *Te Veo* que el conde tenía razón, y le pidió que lo perdonara, pues si empleó aquel sistema bárbaro era porque tenía prisa en adelgazarle para hacerse rico; pero ofreció que en adelante no volvería a curar a nadie sino por sistemas racionales y prudentes.

Quedó satisfecho el señor de Cascanueces, y dejó en libertad de marcharse al curandero, el cual, en cuanto se vió fuera del castillo, apretó a correr y no paró hasta verse en su pueblo.

En su casa puso un letrado que decía: «Se cura todo menos la gordura. El que quiera adelgazar, que vaya a que lo cure don Germán Rompelanzas y Cascanueces, que tiene para eso unas manos especiales.—FIN.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curiosísimo Chonón ¿de qué vamos a hablar hoy?

—Del bacalao. Parece un tema muy vulgar ¿verdad mi sabio buho?

No lo creas. Es tema muy interesante. Generalmente se conoce el bacalao sólo en su aspecto culinario y son muchos, muchísimos, los que no saben del bacalao otra cosa sino que es un pescado que abunda mucho en todas las tiendas de comestibles y que se presta a infinidad de guisos.

—Pues yo soy uno de esos y quiero, desde nuestra charla de hoy, saber algo más de tan vulgar pescado. Háblame de él que me tienes pendiente de tus palabras.

—Si pudieses trasladarte en las primeras semanas de la primavera a las costas francesas de la Normandía y de la Bretaña contemplarías un espectáculo interesantísimo.

—¿Pero es en Francia donde se pesca el bacalao?

—No; querido Chonón. Pero Francia y Escocia son los países que más personal dedican a esta pesca y en las fechas que te he indicado es precisamente cuando regresan los barcos bacaladeros después de su larga y penosa campaña de pesca por los mares de Islandia y de Terranova. ¡Cuánta alegría y cuánta tristeza a la vez se experimenta en el retorno de estas embarcaciones!

—¿Tristeza también? No te comprendo.

—Sí, Chononcito, tristeza. Por regla general no vuelven todos los que se fueron y los que se quedaron sin padre, o sin hijo, o sin hermano reciben una terrible impresión de dolor al contemplar el regreso de los más afortunados. Has de tener presente que la pesca del bacalao se efectúa en los mares árticos que tienen para los pescadores las más crueles exigencias. Cierta que casi siempre vuelven las embarcaciones con abundante botín de pesca pero... ¡cuántas vidas humanas ha exigido el mar a cambio de este botín! Las tempestades peligrosísimas del océano ártico clavan sus mortíferas zarpas en las frágiles embarcaciones pesqueras y, a veces, se tragan equipos completos de los que no queda ni el menor rastro.

—Déjame de cosas tristes, amigo buho. Háblame de la alegría que experimentan las familias de los que vuelven con el barco lleno de bacalaos.

—Tienes razón. De todos los puertos franceses el más importante por su industria bacaladera es Fécamp. En este punto se celebra la llegada de los equipos de pescadores con festejos oficiales, procesiones, fiestas religiosas en los santuarios y otra porción de actos, unos de diversión, y otros en acción de gracias. Entre estos últimos merecen citarse los votos de los marineros salvados en una catástrofe. Consisten en ofrendar a la imagen a la que tienen advocación una miniatura del barco salvado milagrosamente, la cual se cuelga del techo del santuario. Todas las iglesias de los puertos normandos y bretones ofrecen a la vista de los fieles innumerables reproducciones de barquitos constituyendo verdaderos museos del más vivo interés histórico para los que conocen los tristes episodios porque pasa la vida de los héroes del mar. Y

vamos ahora a hablar del bacalao y de su pesca. Ya sabes que se trata de un pez de gran tamaño.

—No lo sé pero lo supongo. Ten en cuenta, amigo buho, que el bacalao que yo conozco es el que me sirven a la vizcaina o con patatas y así ya comprenderás que no puede apreciarse ni su forma ni su tamaño. Sólo puedo darte fe de su sabor y, en verdad, que me gusta.

—Pues puede alcanzar una longitud de hasta metro y medio. Durante muchos siglos se han ignorado los orígenes y las costumbres de este pescado. Se sabía únicamente que se presentaba frecuentemente en grandes bandadas en el Atlántico Septentrional y que era cosa fácil pescarlos en cantidades asombrosas. Ahora ya se sabe que los bacalaos habitan en las grandes profundidades de las aguas árticas entre Groenlandia y Spitzberg donde pasan todo el invierno.

—¿A mucha profundidad?

—A cerca de mil quinientos metros. Esto tiene su explicación pues has de saber que por aquellas profundidades pasan las corrientes templadas que vienen de las regiones tropicales y no sufren las molestias de las bajas temperaturas a que se encuentran las aguas superiores.

—¿Y a tanta profundidad es posible pescarlos?

—De ningún modo, Chononcito. Pero en cuanto termina la estación invernal suben a la superficie y en compactas legiones se dirigen hacia el Sur, unas con rumbo a las costas americanas, sin pasar de Terranova, y otras hacia Europa haciendo alto en las aguas de Islandia.

El bacalao se pescaba antes con fuertes aparejos provistos de robustos anzuelos en los que picaban con tal rapidez y voracidad que apenas caía un aparejo al agua ya tenía prendido un bacalao en su cebo.

Hoy se ha sustituido este procedimiento por el de la red, que rinde más positivos resultados pues en una jornada llegan a pescarse por un solo barco veinte toneladas de bacalaos.

—¿Es de este pescado de donde se extrae el famoso aceite que tanto beneficio reporta a la salud de los niños.

—Naturalmente. El aceite de hígado de bacalao no va a extraerse de la sardina. ¡Tienes unas preguntas! Y por cierto que las operaciones de extracción se efectúan a bordo de los mismos barcos porque así se opera sobre el hígado en perfectísimas condiciones de frescura. El resto del bacalao, después de quitada la cabeza, las entrañas y demás desperdicios se guarda en grandes cubas donde la sal se encarga de mantenerlo en buen estado.

Te diré por último que con los equipos de navios pesqueros va un barco de guerra cuya misión es la de prestar socorro a los pescadores en caso preciso. En él se hospitalizan los enfermos y se curan los heridos por accidentes de pesca y por los temporales tan frecuentes en aquellas lejanas regiones.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE SEPTIEMBRE

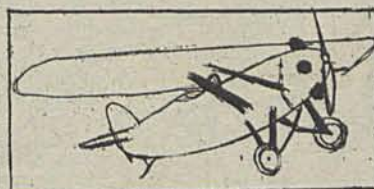
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un chino
Carlos Grode



Una fuente del pueblo de mi
abuela.—Anita Sancho



Avión Devostine.—José Alvea



Mi amiga Ma-
rquita
Purita Ergueta



Avión de bombardeo.—S. V. O.



Marina. J. Galdona



Casa de Tin y Ton
Carmen Martínez Ponte



Mi gato
Alberto Rubio



Procedimiento para cazar perdi-
ces. Germán González Jerez



Regresando al puerto
Francisco García



Retrato
Charito Pero Sanz



Barbilón
J. Galdona



Chapete
Marta Sesma



Pollo para
M.ª Luisa García



Maura
R. Melero



El Rey de la selva. R. Melero



Una cabeza
José M.ª Piquer



Pinocho en trineo
Carmen Allí



Mi barco.—Eugenio Terán



Mis animales
Eugenio R. Terán



Manolín
J. Lillo



Cucaña
A. Chavarria



La luna
C. Rodríguez



Mi hermano Tito
Concepción Baños



Escena tinitonesca
C. A. Ossorio



Gatos.—J. Galdona



Pinocho.—Pedro de la Llave



Napoleón 1.º
R. Melero



Sevillana
Julio Donday



Tito
R. Alarte



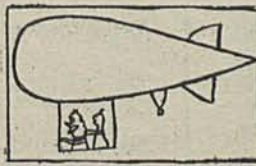
El inspector
Constantino Vila



Cabeza de lobo
Gonzalo Paz



Una casa.—Pedro Gómez



Dirigible.—C. Collado



En Egipto.—Juanito de la Serna



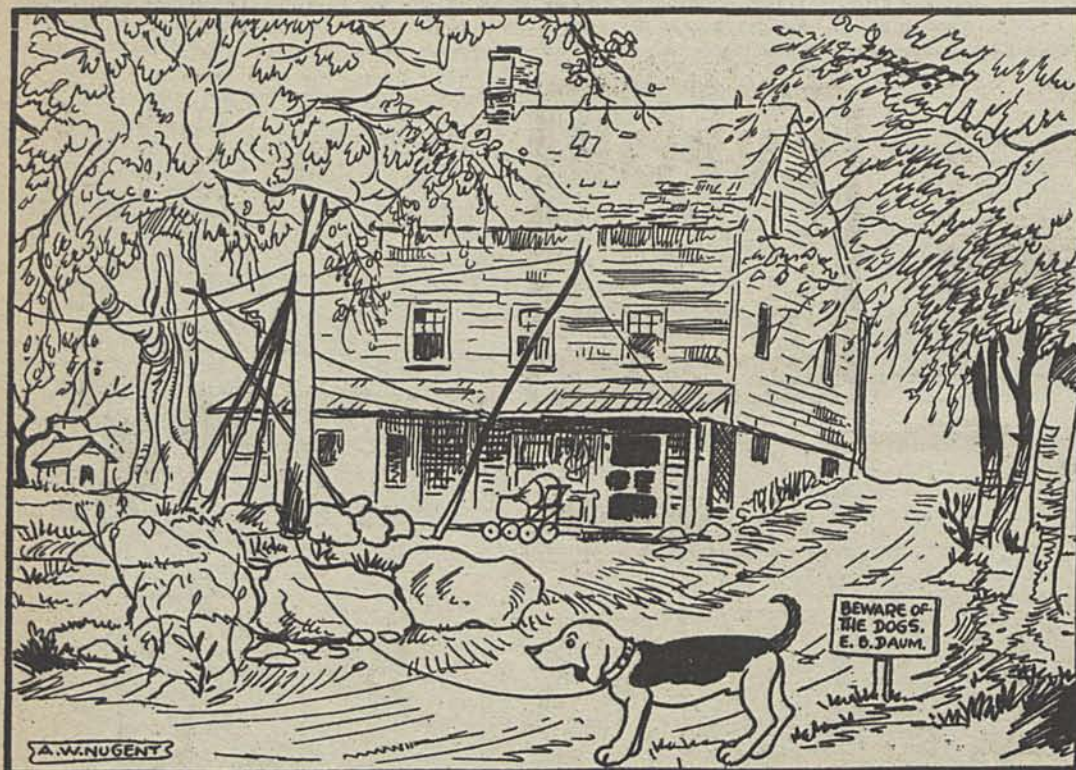
Un gitano
Julia C. C.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE SETIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS CUATRO PERROS



Aunque en el dibujo hay un perro no está solo...

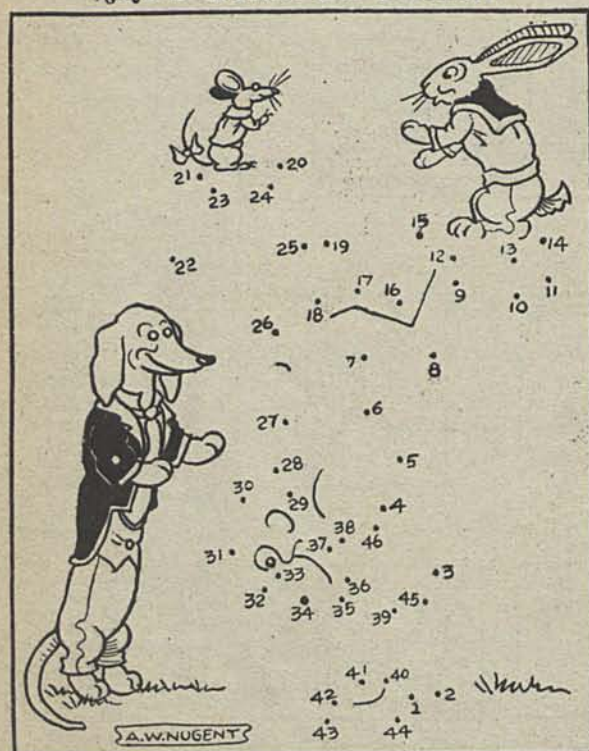
Le acompañan cuatro perros más...

¿Que dónde están?

¡Oh, amigos míos, ese es el misterio!

Procurad buscarlos y que el éxito os acompañe.

¿QUÉ MIRA EL PERRO?



Lo sabréis uniendo los números con líneas, siguiendo el orden correspondiente.

Nueve errores hay en este dibujo. ¿Cuáles son?

DIBUJO CON ERRORES



SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

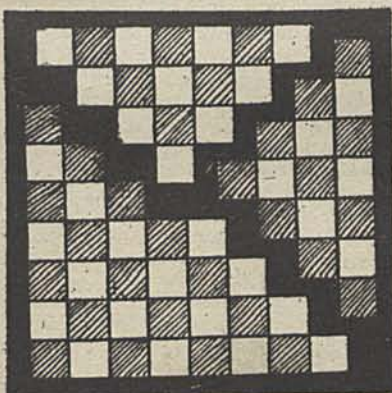
LAS ARDILLAS DIABÓLICAS



LAS TRES FOCAS



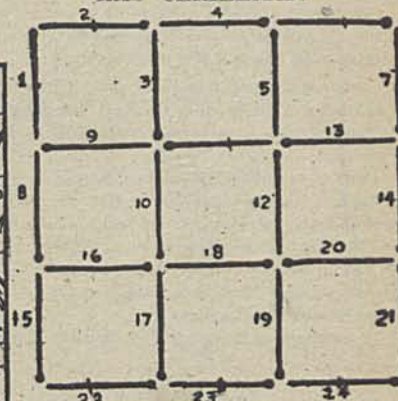
EL SASTRE PENSATIVO



EL CABALLITO



LAS CERILLITAS

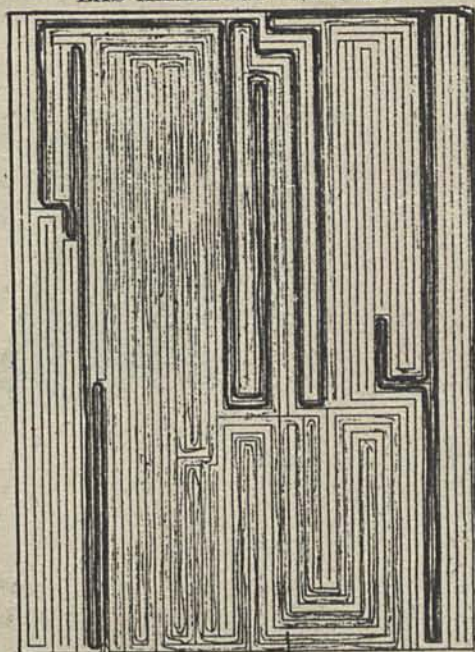


SOLUCIÓN: Quitando las marcadas con los números 1, 2, 6, 7 y 23.

LAS LETRAS

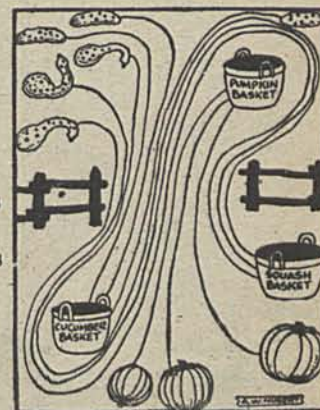


LAS AMATISTA DEL REY



LA CABRITA

BHX	DUZ	RTM	PWA
SCE	HXF	UZB	TMD
WAR	CEP	XF5	ZBH
MDU	ART	EPW	F6C



DIBUJO CON ERRORES N.º 267

- 1.—Le falta una rueda al sillón.—
- 2.—Las tijeras son desiguales.—
- 3.—El cesto es recto por abajo.—
- 4.—El sillón no está enfrente del lugar donde tiene metidas las piernas el muchacho.

Los tres
calderos

Sección Pirula

Charlas de Pirula... cortadora

Los cuatro trajes de doña Clodoalda

Doña Clodoalda está radiante de satisfacción; su mamá ha aprendido a cortar y le ha prometido que le va a hacer un traje nuevo.

Y es que doña Clodoalda

es un tanto presumidilla; ahí donde la véis...

Bueno, ya sé que no la estáis viendo; puede que ni la conozcáis; pero os la puedo describir y será como si la vérais.

Doña Clodoalda es lindísima; tiene el pelo rubio, los ojos azules, las mejillas sonrosadas, la cara redonda y unos labios que parecen una guinda partida, entre cuyas dos mitades asoman los dientecillos, cual hilera de granitos de arroz, en una sonrisa dulce, alegre y constante.

Porque doña Clodoalda está siempre risueña.

Además es altísima; mide ochenta y cinco centímetros que son por supuesto, los mismos que media al nacer, como nos sucede a todas las muñecas.

¡Ah! ¿pero no os había dicho que doña Clodoalda es una muñeca? ¡Qué distraída soy! por suerte vosotros sois tan listas que lo habéis adivinado en seguida ¿verdad?

Pues sí, es una muñeca, una magnífica muñeca de trapo, y su mamá es Marité una Pirulinda tan digna de tener esta preciosa muñeca, como la propia doña Clodoalda es digna de su encantadora mamá.

Muchas veces ya, Marité le ha bordado a su hija adornos para sus trajes; pero hacerle un traje ella sola ¡qué emoción! ¡Y qué alegría!

¡Y qué perplejidad! porque aun cuando Marité ha sabido aprovechar estos

dos meses de vacaciones para tomar lecciones de corte, no creo sorprenderos excesivamente si os digo que todavía no domina esta ciencia que es muy útil, bastante divertida y un poco difícil.

Marité le ha ofrecido a su madre cortar un traje de levita para el otoño, pero mamá, agradeciendo mucho la atención, le ha insinuado que quizá fuese más prudente, para empezar cortar un uno a su muñeca y que no fuese precisamente de levita.

Marité se ha convencido; su primera obra de corte será para doña Clodoalda y será sencilla, lo más sencilla posible, sencilla como para que se la dibuje Pirula.

Y Pirula no le ha dibujado un modelo sino cuatro, pero cuatro que son todos iguales en cuanto al corte, puesto que solo tienen un mismo patrón.

Aquí tenéis este patrón que se compone de ocho piezas: dos para el canesú—delantero y espalda—y seis que unidas entre sí dan una falda en forma.

Ahora que a pesar de tener los cuatro trajecitos un mismo patrón, todos parecen diferentes.

El primero es de una tela de lanilla a cuadritos y no lleva adorno alguno.

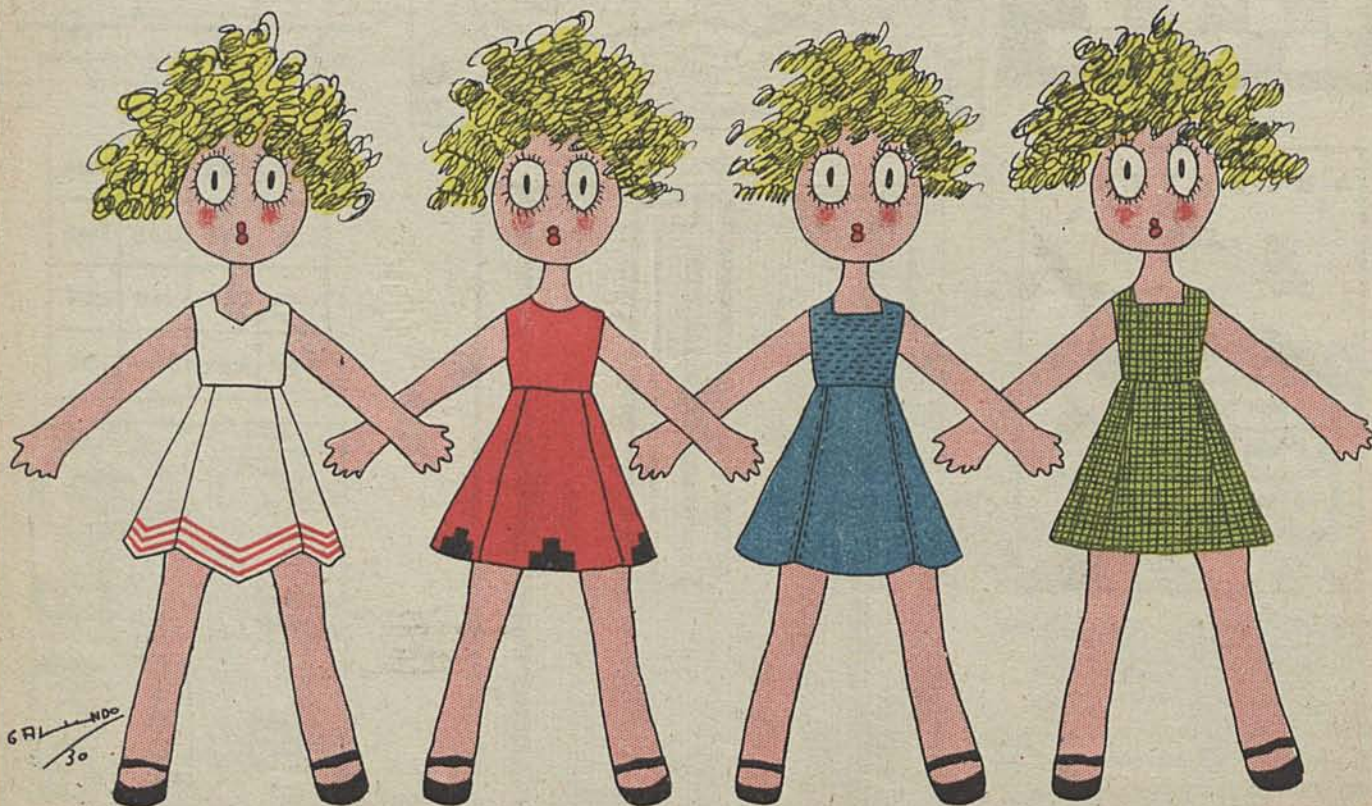
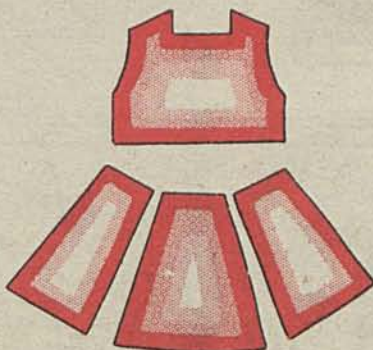
El segundo es de tela de seda artificial—crespón, chantung, seda lavable, etc...—y cada uno de los seis paños que forman la falda están cortados en pico y bordeados por tres trencillas.

El tercero es de tela de algodón y en cada uno de los seis paños lleva una aplicación de tela oscura.

Y el último es de lana y va adornado en el canesú y junto a las costuras que unen los seis paños de la falda, con un bordado a punto de zurcido.

Como os podéis suponer, aun cuando yo solamente os presento cuatro modelos, pueden variarse hasta el infinito, según sean los tejidos, los colores y los adornos, pues este patrón lo mismo se presta para hacer un delantalito casero, que un traje de clase para el otoño, o uno para mucho vestir.

Y lo mismo puede servir para doña Clodoalda que para una Pirulinda no muy mayor o sea de menos de ocho años, o para la hermanita de una Pirulinda «anciana».



GALINDO
30